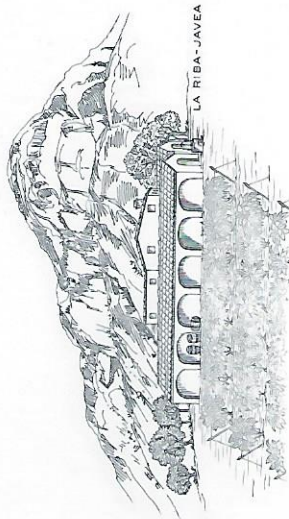


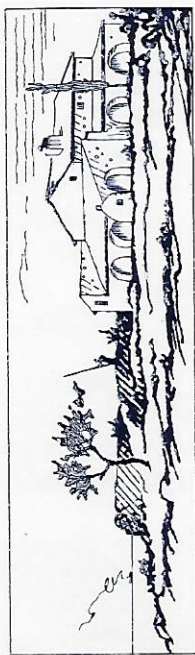
Elogio del Vino

EN LA VOZ DE MUCHOS Y VERDADEROS SABIOS
POR CAMILO JOSE CELA



... VINO TINTO, OLOROSO Y ANTIGUO,
NOBLE, COMO LA SANGRE DE LOS ANIMALES...
CAMILO JOSE CELA

DISCURSO REGALADO POR EL "AUTOR" A FELIPE
GUTIÉRREZ DE LA VEGA AL TÉRMINO DE SU LECTURA
EFECTUADA EN JAVEA EL DÍA 6 DE FEBRERO DE 1.988



QUERIDO CAMILO:

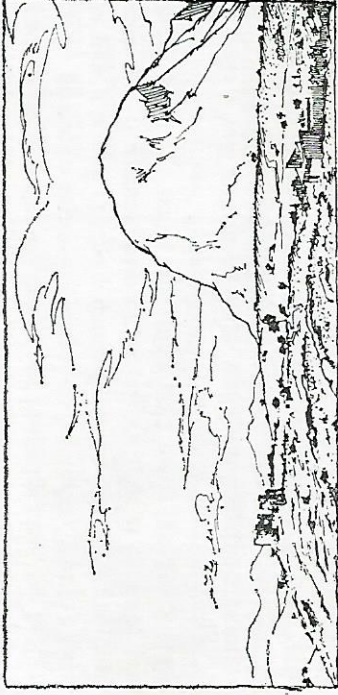
UNA TARDE DE INVIERNO DEL AÑO 1.988 NOS LEÍAS EN JAVEA TU "ELOGIO DEL VINO",

...PEQUEÑA OBRA MAESTRA EN LA QUE EXPRESAS TU VISIÓN VITALISTA Y HUMANA DE LA VIDA, A TRAVÉS DEL CRISTAL DE UNA COPA DE VINO, SUPERANDO, EN UN ALARDE POSTMODERNO, LA MITICA CREENCIA EN EL ALCOHOL COMO INSPIRADOR DE LA CREACIÓN POÉTICA...

....TE AGRADECEMOS EL INOLVIDABLE REGALO DE ESTE "ELOGIO DEL VINO" QUE HOY TENEMOS EL PLACER DE RELEER.

SINCERAMENTE TUYOS

Felipe y Pilar



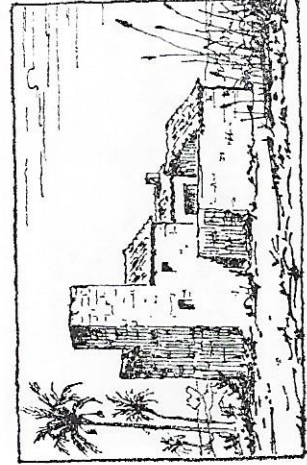
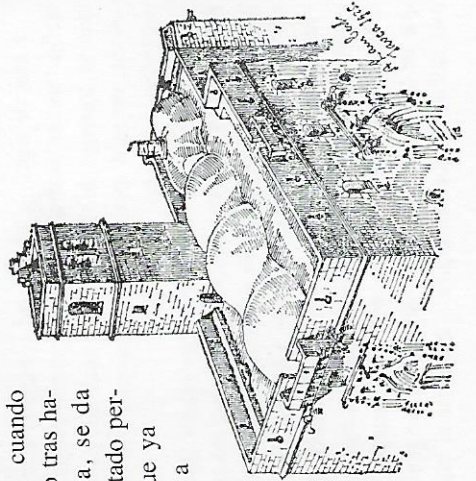
Voy a intentar hablarles a ustedes del vino sin aludir ni a Baco, el dios del vino; ni a Noé, su inventor; ni al fraile Dom Pierre Pérignon, que adivinó el champán; ni al barón de Rotschild, que supo comprar las cubas y las botellas a tiempo; ni al caballo cartujano, ese elegante nieto del unicornio que mece sus añoranzas entre muy ilustres y vetustos caldos de oro. Uno se marca sus propias reglas del juego, entre las que incluye no pocas dificultades gratuitas, y uno ha de procurar cumplir las sin hacerse a sí mismo demasiadas trampas. Hay un concepto deportivo de la existencia —recuérdese que se compite por una copa y una sonrisa— en el que lo que importa es el cómo se llega al resultado final y no el qué se logra con alcanzarlo. Acabo de decir que hay un concepto caballeresco de la vida al que un paladín no debe sustraerse por muchas copas que pudiere llevar a bordo. Tan sólo así tendrían sentido las palabras que me voy a permitir pronunciar ante ustedes.

Antes de seguir adelante me cumpliría aclararles que al primero de los héroes dichos —el dios romano propiciador del cachondeo que se trasiega en cristal— lo citaré un par de veces, indirectamente, no más que por puras razones etimológicas y agazapado en voces derivadas.

William Congreve, dramaturgo inglés que vivió a caballo de los siglos XVI y XVII, decía que el beber era una diversión cristiana, desconocida de turcos y persas. En todo caso, a los cristianos nos queda un consuelo vedado a la morisma, que es el de beber vino, siguiendo el consejo de P. Sirmont, cada vez que se nos presenta alguna de las cinco causas incitadoras al trago, a saber: la llegada del amigo al que se quiere festejar, la sed del momento que se confía saciar, la sed futura que se pretende evitar, la bondad del vino que se aspira a ensalzar o cualquier otro motivo

no previsto entre los anteriores. Toda razón es buena y saludable para llenar y vaciar la copa y, en cualquier caso, no será yo quien preconice seguir el ejemplo de los chifitas y otras suertes herejes y arrojar el vino a donde fuere sin haberlo hecho pasar antes por el gaznate, para mejor gustarlo; por el bandido, para mejor gozarlo, y por la conciencia, para mejor pensarlo y considerarlo. Cantemos el viejo himno de la picardía goliardesca, de la golfía y vital turbamulta de los medievales clérigos trashumantes — ¡salud, oh vino de claro color!, ¡salud, oh vino de sin igual sabor! — y pensemos que si la vida es breve, no debe haber circunstancia alguna que le reste lustre, ni gozo, ni eficacia. Es necio quien no ama el vino, las mujeres y las canciones, dijo el poeta Voss en palabras que suelen atribuirse a Lutero; no caigamos nosotros en la doméstica y ruda necesidad de la abstinencia, la continencia y la sordera. Queden las virtudes por omisión para los legos, que los purpurados — y aun los meros misacantanos — preferimos vivir y entonar la alabanza de las eternas bendiciones, esa misericordia que, para Balzac, quizá no sea más cosa que la cortesía del alma o, lo que intenta ser lo mismo, la gentileza del espíritu. Queden también la dejación y la resignación para los pacientes abnegados y sus vacas flacas y para los virtuosos de los cilicios de la carne — ¡Y allá cada cual! —, que aún quedan por el mundo abajo quienes piensan que a la ocasión la pintan calva, y que cuando pasan rábanos, lo mejor es comérselos antes de que huyan.

El hombre de nuestro tiempo, quizá porque supone que se puede beber la química, fabrica la tristeza en serie, se aburre en serie, agoniza en serie y se mata o se muere en serie. El hombre de nuestro tiempo, cuando arriba al otro mundo tras haber estirado la pata, se da cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo que ya nunca podrá volver a recuperar y hacer suyo. El hombre de nuestro tiempo la palma con muy humilde y burocrático ademán, se va para el cielo o el infierno sin gallar-



día y casi como tras haber cumplido un trámite administrativo y ni enojoso siquiera, y esa claudicación es suficiente para abatir el ánimo al más pintado. Preconizo

ante ustedes — y como antídoto de la masificación en el tedio y ante lo inevitable — una vuelta a lo que por fortuna, ya asoma por el horizonte: la cultura del vino, la más sana y más higiénica de las bebidas, según el aséptico Pasteur. Necesitamos recibir la salud del alma y del cuerpo y es sabio que, para conseguirlo, volvamos la mirada atrás. Los romanos decían que el buen vino alegra el corazón del hombre, proverbio que parece sacado del *Eclesiástico*, uno de los libros canónicos del Antiguo Testamento, donde se lee que el vino y la música dan alegría al corazón. El poeta Johann Heinrich Voss no tuvo que discurrir demasiado.

El vino, según los sabios, merma las grasas y previene el cáncer, al tiempo que el amor sujeta al infarto de miocardio. Créame si les aseguro que, por razón de principio, prefiero agarrarme al clavo ardiendo de la esperanza tras haber rezado, cada noche, aquella noble oración cuya moraleja pregonan las palabras que debieran grabarse en letras de oro: "Que me quiten lo bailado — y lo comido, lo bebido, etc. — y el que venga detrás, que arree".

Sí; alejamos de nosotros la preocupación, pero no huyendo de ella sino buscándole su adecuado antídoto. Ovidio, en su *Ars amatoria*, nos enseña que las preocupaciones huyen y se borran ante el vino abundante. Quizá esta preconizada abundancia se le deba poner una prudente linde que le fuerce a no salirse de madre, y ya Paracelso, en la mesurada memoria de todos, bien claro nos lo recuerda al prevenirnos de que la cantidad es la que hace el veneno. El mal uso es el que trastorna los efectos y trueca en servidumbre lo que debiera haber sido dominio. La moraleja de un viejo cuento japonés nos explica que, en la primera copa, el hombre bebe vino; en la segunda, el vino bebe más vino, y

en la tercera, el vino se bebe al hombre. Y el Príncipe Don Juan Manuel, en *El libro de los exemplares*, advierte que

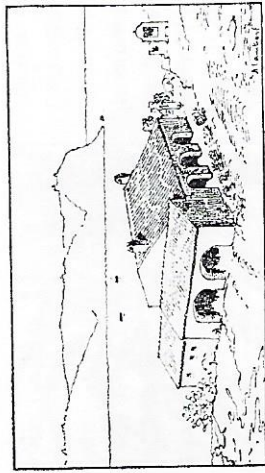
*El vino es muy virtuoso
y mal usado es dañoso.*

El poeta Marcial, en sus *Epigramas*, declara: nada puedo hacer sino bebo. Y contra esa idea huidiza, quienes somos y nos proclamamos amigos del vino debemos alertar al paisanaje ya que, según pensamos en sana filosofía, se bebe para vivir y actuar y ayudar a vivir y a actuar y no para morir y ni aun fingir la muerte en la borrachera. Para Ovidio, en sus *Metamorphoseon*, el vino infunde valor y, tras haber leído el verso de Schiller —Dios ayuda al valeroso—, se colige que al mesurado bebedor Dios le respalda. De ahí que los cristianos saciemos la sed sin miedo al vino.

Todos hemos visto beber hasta la derrota a quienes buscan en el vino no el deleite sino la anestesia, y todos, también, hemos compadecido a quienes, a fuerza de beber y beber, llegar a atorar las papilas del gusto y a renunciar a las delicias del paladar y del olfato. Huyamos del arquetipo del perfecto borracho que nos presenta el doliente Angel Ganivet en sus *Cartas finlandesas*, no sin antes pensar que el borracho es el envés del gozador del vino puesto que el vino le vence y le trastorna. Nos decía el escritor granadino que “el borracho finlandés es uno de los más perfectos de Europa; es el borracho a priori, es decir, que sería capaz de destilarse a sí mismo para embriagarse con su propia substancia. De tal suerte juzga y considera compenetrados el hecho de existir y el de mitigar esta desventura con algún consuelo espiritioso”.

Me permito suponer que al amante del vino, no al esclavo del vino, ni le pesa la vida ni la entiende como una desventura sino, antes bien, como una bendición que le permite seguir viviendo y, si se terciara, bebiendo alguna que otra copa de vez en cuando. De mí puedo decir que trabajo pensando en el premio de un vaso de buen vino ante el altar de Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, y que no busco el trance que me lleve a olvidar ni su sabor, ni su caricia, ni su siempre leal compañía. Sigamos el sabio consejo de Chesterton: Bebed porque sois felices, pero nunca porque seáis desgraciados.

La vida es un espectro que se mueve en un mundo de espectros, decía Carlyle, y bastantes palos de ciego damos los hombres sin querer como para que me preste a admitir como ideas válidas al sonambulismo, a la fatalidad o a la fiera dictadura del destino.



El hombre, como el pez, muere por la boca, pero no por lo que su boca come ni bebe sino por lo que su boca vomita y echa fuera de sí en el impúdico discurs-

so: las indiscretas figuraciones que le llevan a fingir que la virtud vive en el yermo y no en la selva ubérrima. En el *Fausto* se cantan a los cuatro vientos unos versos de cordial y amena esperanza: todas las teorías son grises y sólo está lozano el árbol dorado de la vida.

El vino y otros deleites espirituales nos ayudan a amar al árbol de cuyas ramas jamás se colgó nadie, que los ahorcados eligen el desnudo árbol hendido por el rayo en cuyas ramas muertas no anidan, por cauteloso instinto, ni el pájaro ni la avispa; tampoco —aguzando el oído se podría escuchar— ni el rumor del aire enamorado ni el latido sutil de los más sosegados corazones.

Vivamos sin renunciar a nada, que ya vendrá el tío Paco con la rebaja que a todos nos ha de bajar los humos y meter en vereda. Horacio, en sus *Sátiras*, nos lo aconseja a todos: Vive la vida, mientras puedas hacerlo, rodeado de placeres y sin perder de vista que la vida es corta. Es algo que siempre prediqué a quien quiso escucharme y ahora, aun que no quieran, a mis nietos que, por fortuna, ya preñan vecinas: para ciento diez puñeteros años que uno ha de vivir, ¿por qué no esmerarse y aplicarse en dar a la vida un sentido de gratitud y buen concierto? Huyamos de aquella mayoría de hombres que, para la Bruyère, gastan su primera media vida en hacer desgraciada la que les queda.

No es cierto que la desgracia y la muerte sean tan sólo patrimonio del prójimo, ya que a todos nos puede herir —y nos acaba matando— con su postrero alatazo. Pero sí lo es —y ahí nuestra esperanza ilusoria— la evidencia de que, antes de entregarnos al sueño, podemos velar las armas con la cabeza erguida y una copa en la mano. En la Edad Media se cantaba:

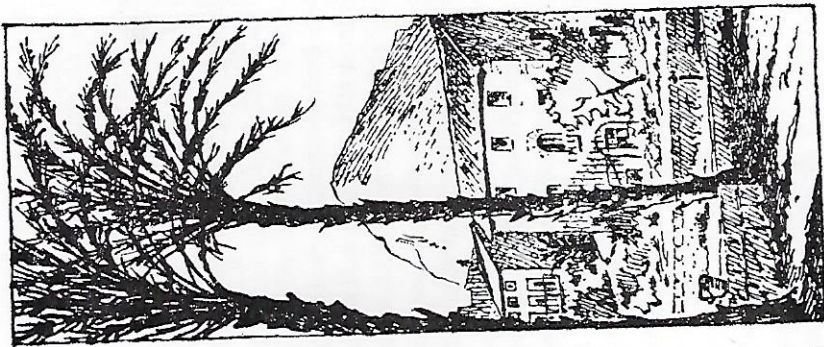
*Dives eram dudum: fecerunt me tria nudum,
alea, vina, venus; tribus his sum factus egenus.*

(Cito en latín para que pueda escucharse la musiquilla del canto leonino: la consonancia de las sílabas finales de cada verso con las

últimas de su primer hemistiquio). En otro tiempo era rico y tres cosas me dejaron desnudo: el juego, el vino y las mujeres, por cuyas tres cosas me hice pobre. Y ahora que llegué a pobre, parecían decir aquellos ilustres golfos con una sonrisa en los labios, ya sólo me queda morir-me, que es lo que voy a hacer. Y se morían sin alborotar y sin marear al prójimo ni dar tres cuartos al pregonero.

Baltasar de Alcázar, poeta chirle al que los historiadores de la literatura dan un valor que ni tiene ni jamás tuvo, nos canta las delicias de la taberna en versos tan ramplones como eficaces y más simpáticos que hermosos:

*Porque llego allí sediento
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págo y vóyme contento.*



Lo malo de la consoladora idea de Baltasar de Alcázar es que está en verso ruincillo y zonzo, porque cierta sí es, ¡vaya si lo es! En la taberna se despacha, por poco precio, el elixir de la paciencia, el licor que puede recibirse — y también aceptarse — como una limosna, y el personaje de nuestro poeta, que lo sabe, se conforma con lo que tiene, pide su vaso y, según declara, se va contento.

En el vino está la verdad, se dijo siempre aunque no siempre haya sido dicho con verdad. En el vino estubo todo desde la primera vendimia y, aun antes, desde las primeras cabras borrachas y legendarias. Pero con el lema *In vino veritas*, Kierkegaard, el angustiado filósofo de los tres estados de vida — el ético, el estético y el religioso —, escribió un discurso sobre la naturaleza de la mujer en el que no da una en el clavo. Cuando se ha bebido demasiado se habla más de la cuenta, ¡quién lo duda!, pero no se dice la verdad más que cuando previamente se posée. Y cuan-

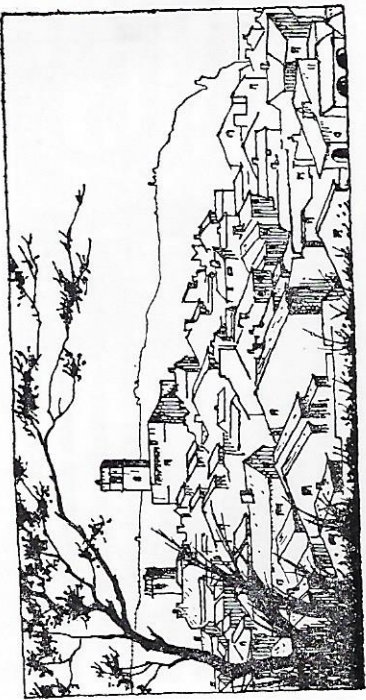
do no se ha bebido nada — tal el caso de Kierkegaard — también pueden hablarse muy necias y desajustadas palabras, puesto que la razón — esa potencia con la que, según Pascal, pueden cometerse dos excesos: excluirla o no admitirla sin compañía — no es patrimonio de los abstemios. Para Samuel Taylor Coleridge, el poeta inglés, algunos hombres son como vasos de cristal, que deben ser mojados para que suenen mejor. Supongo que esta lírica pretensión no es cierta del todo y sin vuelta de hoja. Horacio, en sus *Sátiras* y muchos siglos antes, dijo algo muy parecido y que tampoco es verdad; Horacio aseguraba que el vino descubre los pensamientos secretos, pero yo pienso que también puede disfrazarlos y aun esconderlos o vestirlos de fantasmas que vuelen por el aire como el vilano.

En el vino puede estar la verdad, aunque no obligadamente haya de estarlo, como en el vino puede habitar la poesía, y si no que se lo pregunten a Edgar Poe, a Baudelaire o a Verlaine, pero el vino, en su esencia, tampoco es la poesía. En el vino puede estar todo, les vengo diciendo, pero lo mejor de todo lo que en él pueda hallarse es la lealtad de su compañía si se le acierta a gobernar con cauta y buena mano. El hombre ha de saberse amigo del vino y, siguiendo la norma de Salustio en la *Conjuración de Catilina*, no olvidar que la verdadera amistad estriba en querer y odiar lo mismo. Lo único que no podemos hacer del vino es nuestro cómplice, porque ese papel ya lo representa el amante, el ser que borra la abyección del recuerdo. Proclamamos el orden de la geometría hasta en el vicio, la subversión y el antojo, ya que lo contrario no es más que la rutina.

En mis tiempos de vagabundo, a veces, en el camino, allá por la Alcarria, o por Gredos, o por el Aljarafe, o por el Ribagorza, me sentaba sobre una piedra a recapitular, le daba un tiento a la bota de vino y notaba que el corazón se me henchía de esperanza y de gratitud. Misteriosamente, jamás supe hacia qué o hacia quién sentía esa gratitud que jamás dejé de sentir.

— Debo ser la sonrisa del vino — pensé una mañana en el ventisquero de la Condesa, allá en el monte guadiarraño que dicen la Maliciosa, cierta vez en la que, siendo joven, me retiré a las breñas para aprender retórica y poética —, debe ser el guiño del vino, que quiere defenderme de la soledad.

Sí; el vino es la amistad que no se niega y la compañía a la que no debemos defraudar con las malas artes de la inercia. Livio, la mujer piadosa que daba de mamar vino tinto a Plinio el Naturalista, sabía, como San Bernardo, que la causa de amar es amar; el fruto de amar es amar; el fin de amar es amar. Amo porque amo



—cantaba Livia al pie de la higuera egea—, amo para amar. El amor es la amistad sublimada y donde no hay vino, no hay amor, según cantaba Eurípides en su bolero *Bacantes*. Pero donde sí hay vino no siempre reside el amor, lo que es una ventaja que nos permite pararnos a tomar aliento y dar un punto de sosiego al fuelle; que amor tiene disculpa en sus efectos con solo ser amor —canta Lope de Vega en *La viuda valenciana*—, pero lo que aquí se persigue no son disculpas sino argumentos.

Livia, según Hécate de Mileto, tenía una podenca ibicenca que se llamaba Oinos, la cual parió una ramita fresca en lugar de siete cachorros hocicudos. Livia mandó plantar la viva astilla lozana, la regó con sangre de león para darle un espíritu nuevo y fuerte, y con sangre de cordero místico para desnudarla de su naturaleza salvaje, y creó la vid de la que salen las uvas y, de ellas, el vino en el que bebemos salud para templar los nervios y los huesos, alegría para cantar en la victoria y en la derrota, y apoyo para mejor mantenernos temes y sin descomponer la figura. La cultura de Occidente todavía le debe un homenaje a la perra Oinos; supongo que su vera efigie a gran tamaño y en mármol, y manando incesantemente vino de sus nueve pezones de oro, los nueve pródidos manantiales de la bacanal.

Horacio, otra vez Horacio, ahora en una de sus *Epístolas*, se pregunta: ¿A quién no hicieron elocuente las muchas copas? Me gustaría llevar encima las copas bastantes para haberme fortalecido la elocuencia hasta la misma frontera de la persuasión de las virtudes del vino. Bacon nos dice que la discreción en el discurso cuenta más que la elocuencia y, en este sentido, supongo que la eficacia estará siempre en la ponderada palabra del prudente, pero Bryan afirma que la oratoria no es más cosa que el arte de decir lo que se piensa tras sentir lo que se dice. Esto es lo que me permite presentarme ante ustedes sereno y sin una sola copa encima —ya vendrán en su debido instante, que cada cosa a su tiempo y los nabos en

Adviento— porque, al hablar del vino y cantar sus eminencias y excelencias, sus prestancias y sus soberanías, no digo sino lo que pienso y con total convicción de cuanto digo. Hace ya, probablemente, muchos años que se me pasó la ocasión para probar a falsearme y a dar gato por liebre al prójimo. No; genio y figura hasta la sepultura, que no merece la pena la mentira suplicadora de la palmadita en la espalda.

Vayamos por la vida con nuestro vino que es el que nos cabe en el cuerpo y no el que nos sobra en el alma, y pensemos que no erraba Cervantes cuando decía que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra. También Cervantes, ahora no en el *Quijote* sino en *El celoso extremeño*, asegura que el vino que se bebe con medida jamás fue causa de daño alguno. Y pienso que sobre este punto ya queda expresado mi pensamiento.

Pío Baroja, en sus ingenuas y tiernísimas *Canciones del Suburbio*, canta una coplilla que dice:

*¡Viva el buen vino,
que es el gran camarada
para el camino!*

No deja de ser gracioso este piropro que dirige el vino al morigerado y abstemio Baroja, uno de los no demasiados españoles a quienes nadie pudo ver jamás borracho. Valle Inclán, de virtudes tan distantes y dispares, canta en difícil verso decaesílabo dactílico:

*El vino alegre huele a manzana
y tiene aquella color galana
que tiene la boca de una aldeana.*

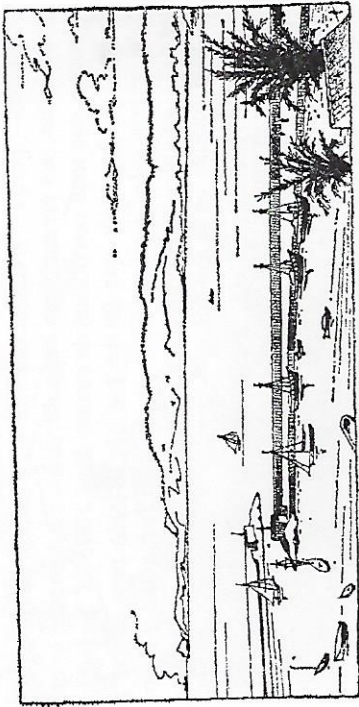
Lope de Vega se asusta de las consecuencias del bautizo del vino cuando gime en el *Entremés de los sordos*:

*Si bebo el vino aguado,
berros me nacerán en el costado.*

Y el ya aludido Baltasar de Alcázar, poetaastro simpático al que no se le ponía nada por delante, juega a las etimologías disparatadas cuando nos dice:

*Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo.*

Perdonemos a Baltasar de Alcázar y no nos sintamos culpables de las culpas no habidas, que ya pagaremos las representadas.



De los pecados que se cometen — se lee en el *Persiles* y *Sigismunda* — nadie ha de echar la culpa a otro, sino a sí mismo. No atormentemos nuestro propio espíritu con las sombras chinecas de la embriaguez, pero jamás pensemos, con Mr. Snodgrass, el personaje de Dickens en los *Pickwick Papers*, que la culpa fue del salmón y no del vino. Debe consolarnos la gallarda idea de Goethe de que los pecados son quienes escriben la historia, puesto que el bien es silencioso y cruza de puntillas por la vida.

No; no nos sintamos culpables de vivir y tampoco hurguemos en la profunda sima que queda más allá de nuestra remota conciencia. La embriaguez — puede pensar cualquier psiquiatra el mejor día — no es más cosa que la disfrazada denuncia de un cobarde (o no más que un atemorizado) que no se atreve a hablar.

—¿Y el vino le desata la lengua y le puebla de palabras la garganta? — preguntó Erígonia, la hija de Ícaro, antes de ahorcarse de dolor ante el cadáver de su padre.

—No — le respondió el coro de lacedemonios borrachos —; pero le espolea el deseo de decir la verdad a medida que la va adivinando.

Ignoro si en el vino está la verdad, como se pretende, o si del vino sale volando la verdad por encima de la alta nube y el risco orgullosamente desafiador. La verdad es dulce y amarga, decía San Agustín: cuando es dulce, perdona; cuando es amarga, cura. El vino es el excipiente dulce o amargo, perdonador o sanador de la verdad, y también su carroza de flores delicadas y aun su disfraz. Con una copa de vino en el cuerpo y otra, en la mano, el hombre miente menos al hombre porque, recordando a Raimundo Lulio, se asusta cada vez que no dice la verdad.

Sí; el vino es nuestro amigo pero — échese la mirada atrás — no nuestro cómplice ni tampoco nuestro encubridor. El vino es espíritu de tan nobles inclinaciones que nos cura por sí mismo el

daño que haya podido hacernos en sí mismo. Los médicos de la escuela salernitana sanaban con vino los desmanes del vino. Si beber por la noche te hizo daño —decían a sus pacientes con resaca—, vuelve a beber por la mañana y te servirá de medicina. Un clavo saca otro clavo y un amor quita otro amor, se viene escuchando decir desde hace muchos años, tantos que ya lo pregonaba el maestro Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes*, a principios del siglo XVII (y quizá tampoco sea el suyo el primer registro). Un vaso de vino disuelve otro vaso de vino si se ponen unas horas por medio. Y si se respeta la norma del buen bebedor —las tres “ces” de calidad, calma y no cambiar—, un caballero puede beberse el mundo, digamos medio mundo, sin que le tiemble un solo músculo de la cara.

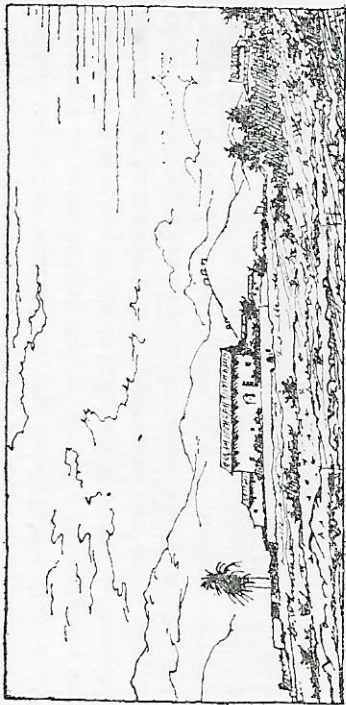
También de los salernitanos es el consejo de que, durante la comida, debe beberse vino muchas veces y poco de cada vez. El vino es ancla de prudencia pero también puede convertirse en red que nos arrastre por la mar abajo de la inconsecuencia y el error; por eso conviene verlo venir, sin olvidar que, según los chinos, con tres copas ya puede elegirse una doctrina profunda.

El vino es substancia de efectos traslaticios; repárese en que hace mucho bien a las mujeres, sobre todo cuando lo beben los hombres. Un cuento francés con muchos años a la espalda nos explica que si Dios hubiera querido prohibir el vino, las vides darían uvas amargas como el acíbar.

Sí; bebamos para gozar y recordar, y no para hacer penitencia y olvidar el pecado del que, a fuerza de beber y beber, ya no recordamos ni su silueta ni su color. Rompamos con gallardía el rosario de Apuleyo —el primer vaso es para la sed; el segundo toca a la alegría; el tercero corresponde al placer y el cuarto aboca en la locura— y pensemos que todos son alegres y generosos con el cuerpo y el alma.

Busquemos refugio en el seguro puerto de Séneca, el prudente, y recordemos que el vino lava nuestras inquietudes, enjuga el alma hasta la raíz y, entre otras ciertas virtudes, asegura la curación de la tristeza.

Mi tío abuelo Estanislao de Cela y Fernández de Montenegro, a quien se comieron los indios tunguraguas en el Amazonas durante la dictadura, aquí en España claro, del general Primo de Rivera, había inventado un aguardiente macerando ancianitas chachapoyas en una mezcla de zumo de papayas, sirle de tapir y esencia de ambaibo, y destilado después en el alambique. Siempre he oído en mi familia que mezclando un dedal de este producto con



una cántara de vino de uva garrucha se conseguía una vacuna muy eficaz contra todos los males de las vías genito-urinarias.

El vino conforta el corazón con el calor pero destruye los sesos con la sequedad, pensaba Raimundo Lulio. Mantengamos el garrucho húmedo para que no se nos seque la substancia que rellena la calavera, que ahora, con lo que acabo de decirles a ustedes del elixir inventado —o quizá descubierto— por mi tío abuelo, deberemos alejar de una vez para siempre el miedo a los trastornos de la micción y a las esquivas fintas de la eyaculación.

Gracias al vino, decía el también ya citado Plinio el Naturalista (algunos le dicen Plinio el Viejo), el hombre es el único animal que bebe sin tener sed. Nada debe importarnos ya que gracias a la médula y sus licores, el hombre es uno de los deliciosos mamíferos vertebrados superiores que puede hacer el amor sin amor, lo que no deja de ser un agradecido despropósito.

Por mi casa rueda, desde hace ya muchos años, un viejo grabado provenzal a cuyo pie figuran cuatro versos en lengua de "oc" que, traducidos al castellano, dicen así:

*El vino, granado en su ardor,
enciende los corazones gentiles donde hay un cantar.
Y con danzas y vagas fiestas por amor,
induce con un suave divagar.*

Ignoro quien haya podido ser aquel rendido trovador que supo cantar al vino como a una delicadísima amante destinataria de virolays con gusto a remordimiento, pero hacia él va mi agradecido recuerdo de aficionado y mi respetuoso homenaje, que todas las ocasiones son buenas para elogiar lo que merece ser elogiado.

Y estamos entrando ya, poco a poco, en la cuesta abajo de nuestra alabanza. Les aseguro que no es difícil alabar lo que bien

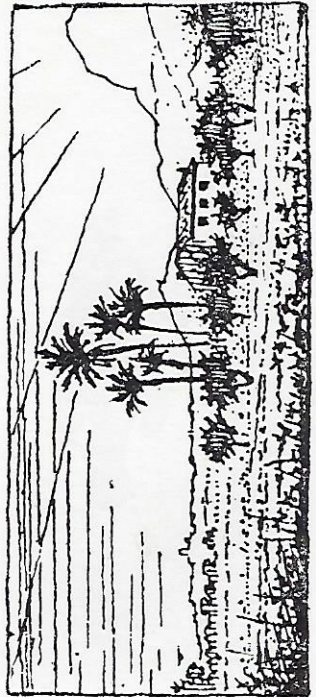
se quiere y se considera, que la alegría en el encomio justo es fuente de salud.

El rayo de sol se hace vino al llegar a la savia de la vid, cantaba el Dante, y el vino siembra la poesía en los corazones cuando pasa a la sangre cayendo por la garganta abajo. Los españoles no bebemos demasiado vino, aunque tampoco hay queja, y más que nosotros beben, en esta esquina de Europa, los portugueses, los italianos y los franceses, por este orden. A los españoles, para animarnos a beber más vino, podría recordársenos aquella parodia festiva de San Jerónimo: bebed, hermanos, bebed, para que el diablo no os halle ociosos.

Brindemos por los que son y por los que no son, recordando que, para Shakespeare, el vino es una jovial criatura, y mezclemos con el vino, diligentes y según la pauta de Quevedo, la rosa dedicada a los amores. Sí; propugnemos, con una copa en la mano, la vida contra la muerte y recuérdese, con Goethe en el horizonte, que el vino alegra el corazón del hombre y la alegría es la madre de todas las virtudes.

Todas las ocasiones son buenas para beber un vaso de vino, leer un libro discreto, pasear por el campo mientras se escucha el silbo del jilguero, mirar para la luna y amar a una mujer que no sea demasiado latosa, que también las hay. La vida está llena de innumerables instantes felices y sosegadores, todo es cuestión de no dejarlos huir. Quien la ocasión pierde, nos decía San Juan de la Cruz, es como quien soltó el aveca de la mano, que no la volverá a cobrar. Se trata de estar alerta y no permitir que el ágil pez vivo de la sorpresa se nos escape es una finta imprevista.

Horacio, para celebrar la victoria de Actium, exclamó: "nunc est bibendum", hora es de beber. Se bebe y se brinda por el pretérito que se enseñó propicio: el éxito o el triunfo ya conseguido; por el presente que nos da su favor: el instante feliz que se



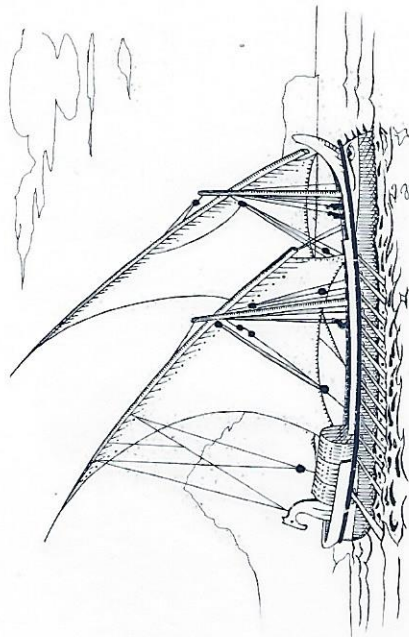
quisiera clavar al tiempo, y por el futuro que se busca amable: el gozoso buen agüero que allana el campo de la aventura por venir. Jamás se bebe y se brinda para maldecir, puesto que brindis es palabra teutona, repásese el *Libro de todas las cosas*, de Quevedo, y voz que implica ofrecimiento de alegre y noble voluntad; tal parece que ha de deducirse de su origen, el alemán *bring dir's*, yo te lo ofrezco.

Un viejo brindis inglés proclama: ¡Brindemos por todos aquellos a quienes amamos! ¡Brindemos por todos aquellos que nos aman! ¡Brindemos por todos aquellos que aman a quienes aman a cuantos aman a aquellos que aman a quienes nos aman!

La teoría de la buena voluntad no tiene límite conocido, por fortuna, y la última maduración del hombre debería inducirlo al permanente brindis que no cesa.

Y muy poco más, señoras y señores, me queda ya por contarles. Brindo por la *Ilíada* y la *Odisea*, por cuyas páginas corre el vino a raudales; brindo por el pretor Novello Torquato, alias Tricongius, quien, ante el emperador Tiberio, acertó a beberse tres congios de vino —algo menos de una arroba—, casi sin respirar; brindo por las mozas cantadas por Juvenal, que se rociaban con vino y comían todas las ostras que encontraban; brindo por quienes cuidan la vid, vendimian las uvas, crían el vino, lo escancian y se lo beben, y brindo por San Jerónimo, que en el siglo IV supo decir, poco importa con qué suerte de complacencia, que el vino y la juventud son el doble incentivo de la voluptuosidad. A quienes vamos dejando ya la juventud a popa, sin prisa alguna, bien es cierto, nos consuela la idea de que el vino pueda devolvernos, si no los años idos, sí los recuerdos que jamás quisiéramos ver borrados de la memoria. ¡Oh memoria —decía Don Quijote— enemiga mortal de mi descanso!

Porque el vino nos da la libertad, también brindo con vino por el vino, por todos ustedes y por su siempre bien dispuesta compañía.



...TUS VINOS, DE TAN LITERARIAS Y CULTAS
CONNOTACIONES, SON MAGNÍFICOS Y TANTO EL "ROJO
Y NEGRO" COMO EL "VIÑA ULISES," COMO EL "CASTA
DIVA," EN SUS VERSIONES SECO Y DULCE, QUE

TIENES LA GENTILEZA DE DEDICARME, SON
ESPLÉNDIDOS, MUY GUSTOSOS Y DE
PRIMERÍSIMA CALIDAD..."

...TUS VINOS, FELIPE GUTIÉRREZ DE LA VEGA,
SON "MIS" VINOS...

CAMILO JOSÉ CELA

DE ESTE DISCURSO SE HAN IMPRESO
3.000 EJEMPLARES, NUMERADOS Y CON
ILUSTRACIONES DE JAVEA, TIMBRADAS EN
RELIEVE AUTÉNTICO DE DIBUJOS DEL PINTOR
ANDRÉ LAMBERT, EN LOS TALLERES DE
LUIS FARINETTI-VALENCIA [ESPAÑA]